



LA RAZÓN HISTÓRICA
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 60, Año 2024, páginas 100-115
www.revistalarazonhistorica.com

Martín Cerda y el gesto conservador¹

Juan Carlos Vergara Barahona²

Resumen: Es posible dilucidar en la obra ensayística de Marín Cerda, tanto por sus reflexiones como por los autores que trata, un gesto conservador frente a la sociedad de masas y su deriva totalitaria que no consiste en una determinada adhesión política, sino en una actitud crítica ante el extravío de la razón moderna. Este gesto lo vincula a cierta sensibilidad intelectual que va desde los escritores franceses cercanos a la Action Française o al Colaboracionismo, pasando por los alemanes de la Konservative Revolution hasta los pensadores de las generaciones españolas del 98' y del 14'. En este trabajo nos proponemos esclarecer, mediante una indagación en autores e ideas de referencia para Martín Cerda, en qué consiste su gesto conservador y la toma de posición que este implica ante los acontecimientos políticos de su época.

Palabras claves: – conservador/conservadurismo – revolución – totalitarismo – crítica – masas.

Abstract: It is possible to elucidate in the essayistic work of Marín Cerda, both by his reflections and by the authors he deals with, a conservative gesture towards mass society and its totalitarian drift that does not consist of a certain political adhesion, but rather a critical attitude towards the loss of modern reason. This gesture links him to a certain intellectual sensitivity that ranges from the French writers close to Action Française or Collaborationism, through the Germans of the Konservative Revolution to the thinkers of the Spanish generations of '98 and '14. In this work we propose to clarify, through an investigation into authors and ideas of reference for Martín Cerda, what his conservative gesture consists of and the position that this implies regarding the political events of his time.

Keywords: conservative/ conservatism - revolution - totalitarianism - criticism – masses.

1 Una primera versión de este trabajo, titulada “Martín Cerda y el pensamiento conservador: el gesto, la inscripción” fue presentada durante el año 2013 en el Seminario de Investigación Martín Cerda organizado conjuntamente por la Universidad de Chile, la Universidad de Santiago y la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

2 Profesor de Historia y Geografía por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE, Chile) y Doctorando en Filosofía por la Universidad Diego Portales (UDP, Chile)

Buscar es, en efecto, reconocerse perdido
Martín Cerda

Hay pues una posibilidad de escapar interiormente a la prepotencia reconocida del aparato del régimen de masas. Eso significa la verdadera libertad
Mario Góngora

Introducción

Martín Cerda, considerado entre los más importantes ensayistas chilenos de la segunda mitad del siglo XX, nace en Antofagasta en 1930. Perteneciente a la llamada Generación del 50', viaja a Europa en 1951 para entrar en contacto con la escena literaria de posguerra. De vuelta en Chile, se transforma rápidamente en el principal difusor de las nuevas corrientes literarias europeas y continentales, iniciando así una vasta carrera como articulista, publicando durante su vida en los periódicos *La Nación*, *La Gaceta*, *Las Últimas Noticias*, *La Tercera* y *El Mercurio*, como también en las revistas *PEC*, *Ercilla* y *Huelén*.

En 1982 publica su primer libro, *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*, al día de hoy un clásico de la literatura chilena, donde se propone, con elegante prosa, un recorrido por la historia del género ensayístico, desde su génesis hasta el siglo XX. En 1987 publica su segundo y último libro en vida, *Escritorio*, una acabada reflexión sobre la figura del escritor y sus compromisos, límites y responsabilidades. En 1990 recibe una beca de la Fundación Andes para realizar una estancia en la Universidad de Magallanes donde imparte seminarios y charlas, y concluye nuevos proyectos literarios; un incendio ocurrido pocos meses después de instalarse en la Casa de Huéspedes del Instituto de la Patagonia, sin embargo, destruye gran parte de su biblioteca personal y sus manuscritos. Infortunio del que no logra reponerse, muere de una afección cardíaca el 12 de agosto de 1991.

Desde su muerte, la obra dispersa de Martín Cerda, consistente en miles de artículos de prensa escritos durante más de tres décadas, es objeto progresivo de recopilaciones que han dado lugar a *Ideas sobre el ensayo* (1993), *Palabras sobre palabras* (1997), *Escombros* (2008), *Precisiones* (2014), *Surcos apenas visibles* (2022) y *Punta de lápiz. Textos de la Gaceta, 1957-1958* (2022); con lo cual su figura comienza a ser recuperada y estudiada como la de un verdadero clásico de la literatura de ideas en Chile³.

³ Especial agradecimiento debo en mi incursión en el opus cerdiano al académico y escritor Ismael Gavilán, uno de los precursores en los estudios de la obra de Martín Cerda. Sobre el autor ha escrito, entre otros trabajos: "Martín Cerda y la búsqueda del perdido tiempo presente", en *Mapocho. Revista*

Dada la amplitud de la producción de Martín Cerda, diversidad de autores y temáticas fluyen por sus páginas, abriendo una inmensa gama de reflexiones, y diagnósticos imposibles de agotar en una sola aproximación. Al modo de una cantera, quien se aproxime a su obra (que no termina al día de hoy de ser antologada) experimenta la fecundidad de ideas de Martín Cerda. Por nuestra parte, a modo de contribución a los estudios cerdianos, quisiéramos en este trabajo tan sólo esclarecer, mediante una indagación en autores e ideas de referencia para el ensayista chileno, en qué consiste lo que identificamos como su gesto conservador y, junto con ello, en qué la toma de posición que este gesto implica frente a los acontecimientos políticos de su época.

Sostendremos entonces, como punto de partida, que es posible dilucidar en la obra ensayística de Martín Cerda, tanto por sus reflexiones como por los autores que trata, un gesto conservador frente a la sociedad de masas y su deriva totalitaria que no consiste en una determinada adhesión política sino en una actitud crítica ante el extravío de la razón moderna. Este gesto lo vincula a cierta sensibilidad intelectual que va desde los escritores franceses, cercanos a la Action Française o al Colaboracionismo (La Rochelle, Celine) pasando por los alemanes de la Konservative Revolution y sus alrededores (Jünger, Spengler, Benn, Niekisch), hasta los pensadores de la Generación Española del 98' y el 14' (Unamuno, Ortega). El gesto conservador de Martín Cerda, sin embargo, no se reduciría tan sólo a cierta inscripción literaria por su actitud crítica; también explicaría una toma de posición ante los acontecimientos políticos de su época.

Su diagnóstico, compartido por José Ortega y Gasset y Mario Góngora, es el de la crisis de la modernidad ilustrada, manifiesta en el advenimiento de la sociedad de masas que explicaría el fenómeno totalitario; para Cerda, en este sentido, el totalitarismo no ha sucumbido y se presenta como amenaza constante que sobrevuela la post-guerra en las nuevas formas de la democracia de masas y su "conciencia fanatizada"⁴. La crítica de Cerda, especialmente clara en *La palabra*

de humanidades, nº75, primer semestre, 2014, pp. 23-37; "Barthes desde esta orilla: el escrutinio de Martín Cerda", en *Universum*, vol. 31, nº2, 2016, pp. 63-73; "El ensayismo de Martín Cerda como literatura menor. Aproximación a *Escritorio*", en *Anales de Literatura Chilena*, nº31, 2019, pp. 179-198; "La singularidad de la autorreflexión ensayística. *La palabra quebrada* de Martín Cerda como poética del ensayo", en *Anales de Literatura Chilena*, nº36, 2021, pp. 95-114.

⁴ Para facilitar la lectura, cuando en este trabajo citemos obras compilatorias de Martín Cerda, lo haremos señalando primero el nombre de la misma y luego el título del artículo junto con origen y fecha de publicación original, como a continuación: Martín Cerda, *Punta de Lápis. Textos de La Gaceta 1957-1958*, Santiago, Cormorán Ediciones, 2022: "La conciencia fanatizada" (22 de noviembre de 1957), p. 102; "Las Elecciones" (3 de agosto de 1957), p. 62; "El derecho de errar" (26 de noviembre de 1957), p. 105; "Los carneros tienen su paga" (jueves 27 de marzo de 1958), p. 202. Véase también Martín Cerda, *Surcos apenas visibles*, Santiago: Lecturas Ediciones, 2022: "Fanatismo" (*La Tercera*, 16 de abril de 1985), p. 85. Por último, Martín Cerda, *Ideas sobre el ensayo*, Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, 1993: "El 'qualunquismo' en Marguerite Duras" (*PEC*, nº230, 26 de mayo de 1967), pp. 123 y ss.; "Nueva novela & nueva crítica II" (*PEC*, nº234, 23 de junio de 1967), pp. 135

quebrada, traza una línea de continuidad que va desde la Revolución francesa hasta los Totalitarismos; y que caracteriza a una época en que el proyecto de la razón se ha traicionado a sí mismo en nombre de la Revolución (de izquierdas o derechas)⁵. La actitud crítica de Martín Cerda se tornaría por tanto un *gesto conservador* en la medida en que aquello que debiese ser conservado no es tal o cual programa o cosmovisión sino el proyecto mismo de la razón, argumento similar esbozado de distinto modo por Antoine Compagnon en su obra *Los Antimodernos*, y que sitúa la actitud antimoderna como posta crítica de la propia modernidad⁶.

1. Conservadurismo e ilustración

Qué sería el conservadurismo y cómo se articula, es cuestión que se viene discutiendo hace ya tiempo, y a la que debemos remitirnos si queremos comprender la lectura que Martín Cerda hace de la modernidad ilustrada, especialmente en *La palabra quebrada*. Su horizonte histórico inmediato, el del conservadurismo, no podría dejar de ser la “guerra civil europea”⁷ de hace ya casi un siglo. Explorar aquel campo oscuro de las ideas resulta ominoso, y el mal augurio ronda sus expectativas. Empero, la valla que significa el fascismo como umbral de comprensión, la pregunta acerca de qué cosa es el conservadurismo requiere una definición que tenga a la vista una constelación de conceptos tales como *derecha*, *tradicionalismo*, *reacción*, *contrarrevolución*, *nacionalismo*, de significados diversos en cada época y que hunden sus implicancias en un acontecimiento anterior aunque decisivo por definitorio: la Revolución francesa.

El historiador Mario Góngora sostiene en una conferencia dictada el año 1985 y titulada “Romanticismo y Tradicionalismo” que estos últimos no son sino una reacción contrarrevolucionaria frente a la Revolución francesa; parafraseando a De Maistre, señala que “la contrarrevolución no será una revolución contraria, no será una revolución desde arriba, por ejemplo, que aniquile la obra de la revolución y la liquide, sino que es lo contrario de la revolución, es una evolución, es un absorber

y ss.; “Nueva novela & nueva crítica IV” (*PEC*, nº236, 7 de julio de 1967), pp. 144 y ss.; “El malestar de los escritores” (*PEC*, nº239, 28 de julio de 1967), pp. 146 y ss.; “Pornografía, utopía e historia” (*PEC*, nº243, 25 de agosto de 1967), pp. 154 y ss.

5 Martín Cerda, *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*, Santiago, Tamar Editores, 2005: “De la Ilustración a la Revolución”, pp. 71-72; “Discurso revolucionario”, pp. 73-74. Véase también Martín Cerda, *Precisiones. Escritos inéditos*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2014: “Las grandes palabras. Punto de partida para una actitud consecuente”, pp. 50-55; “La fe en la razón”, pp. 60-70.

6 Antoine Compagnon, *Los antimodernos*, Barcelona: Acantilado, 2007.

7 Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México: FCE, 2001.

todo lo que hubiera de positivo, de valioso en la misma revolución”⁸. La Contrarrevolución sería por tanto deudora de la Revolución. Es esta última la que obliga a las fuerzas de la reacción a articularse conceptualmente como un discurso político que ya no es una simple “actitud conservadora”, un estado de ánimo, sino un *pensamiento* capaz de disputar al liberalismo en el campo de las ideas. De allí que el “pensamiento conservador” sea un resultado de la Revolución⁹.

Subyace el que, mirado con atención, el pensamiento conservador no ha sido, como se quisiera creer, una *tradición de poder* sino, antes bien y como indica su nombre, una *tradición de pensamiento*, que ha disputado largamente al liberalismo político el proyecto mismo de la modernidad. Corresponde por lo mismo, en contra de todo lo que se quiera pensar, a un fenómeno esencialmente moderno. Explicará Góngora que el romanticismo político o, en su entender lo mismo, la contrarrevolución, es desencadenada justamente por pensadores “que han sido inicialmente entusiastas de la Revolución francesa”¹⁰ pero que, ante la catástrofe del terror jacobino, han tomado una distancia crítica para poder pensar, por lo que este pensamiento conservador sería en lo profundo, y ante el estallido de un irrestricto y fanático entusiasmo revolucionario, verdaderamente fiel al proyecto de la razón, es decir, a la crítica.

2. Nacionalismo y revolución

Joaquín Fernandois, en “Movimientos Conservadores en el siglo XX ¿Qué hay que conservar?”, sostiene que “no es raro que los conservadores, al llevar a cabo sus políticas, se adhieran a una emoción que se considera el ‘grito del momento’, y operen en la práctica revolucionariamente”¹¹; refutando así la comprensión del gesto contrarrevolucionario como el de un pensamiento conservador que, en su incondicionalidad al proyecto de la razón, se sustrae de la Revolución.

Por su parte, Carl Schmitt, en *Teoría del Partisano*, precisa que en su expansión internacional napoleónica la Revolución francesa produjo entre los pueblos invadidos una resistencia popular, un frente contrarrevolucionario que obtuvo su fuerza de la afirmación y conservación de una fidelidad telúrica pre-burguesa para con la patria; conservación que asumió la formulación romántica del nacionalismo,

8 Mario Góngora, “Romanticismo y Tradicionalismo”, *Revista de Ciencia Política*, Vol. VIII, N°s 1-2 (1986), p. 145.

9 Karl Mannheim, “El pensamiento conservador”, en *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México:FCE, 1963, pp. 84-183.

10 Mario Góngora, “Romanticismo y Tradicionalismo”, p. 139.

11 Joaquín Fernandois, “Movimientos Conservadores en el siglo XX ¿Qué hay que conservar?”, en *Estudios Públicos*, n.º 62, otoño, 1996, p. 5.

por una parte, y las prácticas subversivas del combate revolucionario de guerrillas, por otra. En su génesis decimonónica y liberal, por tanto, el nacionalismo portaría una paradoja insoslayable: la formulación de un pensamiento conservador que hace de la contrarrevolución una práctica revolucionaria¹².

Durante el siglo XX el escenario político conocerá el despliegue histórico de esta paradoja. El fascismo -síntesis insospechada de nacionalismo y revolución, en la cual reconocerá Ortega el “carácter enigmático” del mismo-, corresponde a una vía a la modernidad para aquellos pueblos europeos que no han logrado la concreción de un proyecto unitario de Estado-Nacional durante el siglo XIX; allí donde se reconozca en el fascismo un afán conservador se debe reconocer de igual manera su método revolucionario.

3. *Konservative Revolution*

El año 1950 Armin Mohler, secretario de Ernst Jünger durante el período que va desde 1949 a 1953, escribe bajo su tutoría una obra titulada *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*¹³, donde intenta inscribir a una heterogénea constelación de pensadores -que va desde Carl Schmitt, pasando por Thomas Mann, Gottfried Benn, Ernst Niekisch, Hugo von Hofmannsthal y Oswald Spengler, hasta el mismo Ernst Jünger- cuya característica, frente a la ausencia de un programa ideológico unitario, fue su común actitud de rechazo radical hacia todo aquello que representara la República de Weimar.

Se trató, dirá Martín Cerda, de “un movimiento de ‘pensadores’ brillantes, de grandes polemistas y de apasionados panfletistas, pero sin mayor arraigo social que su rechazo del Estado liberal, la economía capitalista y el individualismo burgués, y, a la vez, su violenta oposición al marxismo, al Estado socialista y a la revolución ‘proletaria’”¹⁴. Más que movimiento, una *escena cultural* de la Alemania de la primera post-guerra, influenciada por una lectura vitalista de Nietzsche y la defensa de la germanidad como genuino destino espiritual de Occidente, opuesto al racionalismo extremo de la Ilustración y los valores burgueses imperantes en Europa tras 1789. La amplia gama de conservadores revolucionarios hizo suyo un nacionalismo radical y militante que propugnaba una síntesis de valores militares

12 Carl Schmitt, *Teoría del partisano*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1966, pp. 11 y ss.

13 *La Revolución Conservadora en Alemania 1918-1932*. No deja de ser sintomático que esta obra no haya sido hasta hoy traducida íntegramente al español, ni que Armin Mohler sea prácticamente un desconocido en Chile.

14 Martín Cerda, *La palabra quebrada*: “La miseria conservadora”, p. 128. Véase también en *La palabra quebrada*: “Una vida peligrosa: Niekisch”, pp. 129-130; “La doble vida de G. Benn”, pp. 130-132; “Ernst Jünger”, pp. 140-146. Véase también *Surcos apenas visibles*, “Ayer y hoy” (*La Tercera*, 23 de abril de 1985), p. 84

de cuño feudal con una modernización técnica a la alemana como solución ante la crisis del demoliberalismo, que volvía manifiesta ante sus ojos la profecía nietzscheana del “último hombre” bajo la forma del *homo economicus* y la sociedad de masas.

En el escenario de una Alemania derrotada en la Gran Guerra, caracterizado por el “vanguardismo estético”, el “antiintelectualismo filosófico” y un fuerte “*activismus* político”, “los conservadores revolucionarios alemanes (...) levantaron una ideología, disputaron las calles, extremaron las pasiones y, llegada la hora decisiva, fueron aventados por las mismas fuerzas oscuras que ellos habían desatado o ayudado a desatar”¹⁵. Cerda observará que, finalmente, la reacción de los conservadores revolucionarios contra la racionalización total no podía sino ser víctima “de lo mismo que pretendían combatir: el ideologismo sin tregua, la pasión por las ideas”¹⁶, y recordará un pasaje del *Diario* de Ernst Jünger fechado el 20 de mayo de 1943 en que anotaba: “todos los que están todavía vivos, recordarán siempre esos tiempos en que no se vivía sino para la Idea”.

Así, la “ideocracia” (Unamuno)¹⁷ que recorre la toma de posición de estos nacionalistas alemanes exaltará y extenderá un sentimiento nacional que se quiso relevo de la modernidad ilustrada pero que, en definitiva, fue incapaz de anticipar en su propio actuar la precipitación de un fenómeno de masas propiamente moderno como el nacional-socialismo.

4. La gestación del ideario fascista: entre Maurras y Sorel

En un libro compuesto por el diálogo epistolar entre los historiadores Francois Furet y Ernst Nolte¹⁸, este último, destacado estudioso del fenómeno fascista, sostiene que sus investigaciones le han llevado a identificar la genealogía doctrinal del fascismo no tanto en la historia política de Italia como en las ideas de la Acción Francesa de Charles Maurras¹⁹. Acción Francesa correspondería, en dicha perspectiva, a una cristalización de las tendencias anti-modernas católicas que recorren todo el s. XIX francés, desde De Maistre y Chateaubriand hasta Pegúy o Brasillach en el s. XX, pasando por León Bloy y Barrés, y que no es ajena a ese *espíritu anarquista*, rebelde, desencantado y muchas veces nihilista, común a todos los disconformes de la sociedad burguesa de fines del siglo XIX, que comprueban con espanto el triunfo de

15 Martín Cerda, *La palabra quebrada*, p. 129.

16 Martín Cerda, *La palabra quebrada*, p. 128.

17 Martín Cerda, *La palabra quebrada*, p. 128.

18 Francois Furet y Ernst Nolte. *Fascismo y Comunismo*, Buenos Aires: F.C.E., 1998.

19 Francois Furet y Ernst Nolte. *Fascismo y Comunismo*, pág. 110-111.

la “ola de mierda” con que Flaubert identificara el proyecto burgués. Se trataría, así, del punto de anclaje entre los antiguos vaticinios apocalípticos y reaccionarios de los católicos franceses y las nuevas formas de acción política moderna que marcarán el sino trágico de la historia europea de los años 30 y 40.

Pero la tesis de Nolte no parece muy convincente si se trata de explicar el contenido propiamente revolucionario del ideario fascista, que Furet identifica, replicando el argumento de Nolte, con la formación soreliana del joven Mussolini, sobre quien, por otra parte, recordará Cerda en *Escritorio* estas consideraciones premonitorias de Sorel: “nuestro Mussolini no es un socialista cualquiera. Creedme, algún día lo veréis al frente de un batallón sagrado, saludando a la bandera italiana con el sable. Es un italiano del siglo XV, un *condottieri*. No es aún famoso, pero es el único hombre enérgico capaz de superar las debilidades del Gobierno”²⁰.

La relación entre Sorel y el fascismo no acabaría allí, y vuelve a enredarse con los vaticinios pre-fascistas de la Francia de las primeras décadas del siglo XX. El año 1911 se funda el Círculo Proudhon, club intelectual compuesto por una diversa gama de planteamientos políticos, que va desde el nacionalismo, el sindicalismo, el anarquismo hasta el monarquismo, y caracterizado por un rechazo radical del legado burgués de la Revolución francesa. El año 1908 Georges Valois, uno de los fundadores del Círculo Proudhon, escribía *El hombre que viene. Filosofía de la autoridad*, donde proponía una singular síntesis de las ideas de Nietzsche, Maurras y Sorel; mientras que, años más tarde, Edouard Berth, el otro fundador del Círculo y quien fuera en su juventud alumno aventajado de George Sorel, discípulo a su vez del mismo Proudhon, juzgaría al Círculo Proudhon como un fascismo “*avant la lettre*”²¹. Georges Valois, por cierto, enrolado en la Resistencia, muere en un campo de concentración nazi en 1945.

5. La tentación fascista de dos malditos franceses del siglo XX

En literatura pensar la ‘República de Vichy’ (1940-1944) es adentrarse en el drama de dos *malditos* franceses del s. XX. Las vidas de Louis-Ferdinand Céline y Pierre Drieu la Rochelle están marcadas, como un signo de los tiempos, por la fatalidad del

20 Martín Cerda, *Escritorio*, incluido en la edición de *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*, Santiago: Tajarar Editores, 2005., pág. 232; Véase también *Palabras sobre palabras*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, 1997, “El enigma Sorel” (*Ercilla*, nº2027, 1974) p. 32.

21 Una referencia de Martín Cerda a Edouard Berth se encuentra en *Ideas sobre el ensayo*, “En casa de Pierre de Place” (*PEC*, nº218, 3 de marzo de 1967), p. 111.

exilio y el suicidio²². Víctimas de lo que Cerda llamaría la “tentación fascista”²³, su sola mención provoca las animadversiones confesionales propias del ideologismo moderno que tanto preocupó al autor de *La palabra quebrada*.

Louis Ferdinand Celine haría fama como escritor colaboracionista y fanático anti-semita, pero su obra, tanto como su vida, son también una profecía de su tiempo, una verdadera escatología secular en marcha que llevaría a Martin Cerda, en la voz de George Bernanos, a declarar: “no se trata de saber si la pintura de Céline es atroz; nosotros nos preguntamos si es verdadera y lo es”²⁴. Como nadie, el autor de *Viaje al Fin de la Noche* supo retratar el “absurdo de la vida actual” en un lenguaje novísimo, agresivo, desprovisto de cualquier retórica, condensación sintáctica de una época en decadencia. Desencantado de la Rusia Soviética tras una visita en 1936, se rehusó a las exaltaciones revolucionarias progresistas, y en consecuencia, se plegó no sin escepticismo a la República de Vichy declarando su admiración por Hitler que, paradójicamente, prohibía sus libros, mientras él, en su calidad de doctor, se dedicaba a la atención de campesinos pobres en un pueblo a las afueras de París. Perseguido y exiliado, considerado “desgracia nacional”, su destino fue el silencio manifiesto. Martín Cerda lo recordaría diciendo: “Su lenguaje es, justamente, el lenguaje del vértigo de este mundo que, privado de Dios, no encuentra otro asidero posible que la nuda condición humana. El lenguaje de un mundo que, en último término, no conoce otra verdad radical que (...) la muerte”.²⁵

Por su parte, Drieu la Rochelle brindará apoyo intelectual a un político igualmente excepcional en el escenario de los fascismos europeos, Jacques Doriot, quien, junto a Mussolini, anota el profesor Erik Norling, es “el único dirigente fascista de auténtica extracción proletaria de un movimiento que en su mayoría se caracterizó por la procedencia de la emergente clase media de sus líderes”²⁶. Desilusionado tras una prolongada militancia marxista desde 1920 a 1934, y luego de haber sido representante francés ante la Komintern soviética, Jacques Doriot

22 Habría que incluir también, junto a Céline y Drieu la Rochelle, a un tercer proscrito de las letras francesas, el escritor Robert Brasillach (1909-1945), fusilado por “colaboracionista” terminada la guerra; sus *Poemas de Fresnes* son un conmovedor y trágico testimonio de su cautiverio, en medio del trastocado y arruinado espíritu europeo.

23 Expresión utilizada por Martín Cerda en un fallido ensayo escrito en Caracas entre 1961 y 1963 y titulado “La tentación fascista: itinerario político de Drieu la Rochelle”, según narra el propio autor en el Prólogo de *Escritorio*, p. 159.

24 Martín Cerda. *Ideas sobre el ensayo*, “Un profeta maldito. Louis-Ferdinand Céline” (*PEC*, nº198, 14 de octubre de 1966), p. 82. Véase también *Surcos apenas visibles*, “Louis-Ferdinand Céline” (*El Mercurio*, 28 de junio de 1981), p. 130.

25 Martín Cerda. *Ideas sobre el ensayo*, “Un profeta maldito. Louis-Ferdinand Céline” (*PEC*, nº198, 14 de octubre de 1966), p. 83.

26 Erik Norling, *Jacques Doriot. Del comunismo al fascismo*, España: Asociación cultural “Amigos de la Historia-Asociación para el fomento de la investigación histórica”, 1998, p. 11.

funda en 1936 el Partido Popular Francés (P.P.F.). Laboratorio de nuevas ideas políticas, el P.P.F. establecerá un corte con el antiguo nacionalismo de cuño conservador al estilo de la Acción Francesa para aproximarse al sindicalismo del Círculo Proudhon, identificándose así como la versión local del “nacional-bolchevismo” o “fascismo rojo”.

En *Relato Secreto*, el mismo Drieu anota: “En febrero de 1934 rompí definitivamente con la vieja democracia y el viejo capitalismo. Pero al embarcarse los comunistas en el Frente Popular con los radicales y los socialistas me alejé [también] de ellos. Me habría gustado mezclar (...) a los fascistas y a los comunistas. Creí encontrar esa fusión en Doriot”²⁷, encarnación de la utopía rochelleana del *socialismo fascista*. Drieu, que se suicida el 15 de marzo de 1945 antes de ser aprisionado por colaboracionista, será uno de los autores de cabecera de Martín Cerda²⁸.

6. Una reflexión sobre el totalitarismo

“Hay que preguntar en qué medida un poderoso es capaz de manejar la productividad intelectual de un pueblo de manera que no quede ningún pensamiento libre y ninguna objeción. La posibilidad de un totalitarismo total, al cien por cien, es un problema sociológico del primer orden [pues] de la coacción y del control aumentados técnicamente resultarán nuevas formas de pensar que escapan a esta coacción y a este control”²⁹; en estas palabras del invierno 1945/1946, escritas por Carl Schmitt en un campo de concentración norteamericano tras la Segunda Guerra Mundial, se perfila el compromiso histórico-político que el autor de *El concepto de lo Político* reserva al pensamiento en tiempos convulsos como los que le tocó vivir. Sus palabras podrían ser también las de Martín Cerda.

Para el autor de *La palabra quebrada* la cuestión del totalitarismo, a diferencia de otros pensadores políticos, no trata acerca del especial modo en que se ejerce coerción y vigilancia, sino, antes bien, de cómo es que una y otra reposan sobre un control fanático del pensamiento y sus modos de producción. El totalitarismo será siempre, en ese sentido, una (pretensión de) ideologización total del pensamiento, un atenzamiento que reduce toda toma de posición interior a una

27 Erik Norling, *Jacques Doriot. Del comunismo al fascismo*, 1998, p. 49.

28 Martín Cerda, *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*, “Radiografía de Drieu” (21 de mayo de 1957), p. 24; *Ideas sobre el ensayo*, “El ‘rescate’ de Drieu la Rochelle” (*PEC*, nº174, 26 de abril de 1966), p. 35; “Retrato de un húsar triste” (*PEC*, nº191, 23 de agosto de 1966) p. 70. Véase también la nota al pie n.º 23 de este trabajo.

29 Carl Schmitt. *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*, Madrid: Editorial Trotta, 2010, pp. 30-33.

toma de partido exterior que no repara en distancias³⁰. Martín Cerda identificará la ideologización total de todos los ámbitos de la existencia humana con el fanatismo revolucionario que no puede prescindir nunca de su “*doxa*” o “doxología”³¹, aquella “vulgata”³² compuesta por una suma de axiomas irrenunciables que, al modo de las gnosis maniqueas, explican a priori cualquier fenómeno del mundo y que vienen luego a convertirse en la opinión pública que se amplifica por los altoparlantes.

Lectura cerdiana de la cuestión totalitaria en correspondencia con la de Fernandois en su obra *La noción del Totalitarismo*, a propósito de la reflexión de Eric Voegelin. Éste último sostendrá que el totalitarismo no sería más que una secularización moderna del gnosticismo: la intramundanización de la salvación mediante una ideología que se presenta como “revelación del plan inherente al proceso histórico” y que ha de ser puesta en marcha por un “paráclito gnóstico que se establece a sí mismo como Juez último mundano-inmanente de la sociedad”, por lo cual está facultado para decidir “sobre la inmortalidad o la aniquilación de todos los seres humanos”³³.

La ideología sería entonces la salvación humana revelada, vuelta inmanente y que exige de los hombres una fe irrestricta que no puede ser sino revolucionaria, que no necesitaría por tanto del juicio de la razón, reposando únicamente en la ortodoxia, aquel “decir correcto” atenido a la *doxa* dominante que debe ser puesto en obra a cualquier precio.

Ante la imposición amplificada de una opinión pública dotada de un inagotable margen de acción directa, Martín Cerda, en medio de una sociedad de masas orquestada por la democracia tecnocrática, optará por el silencio, en convergencia con las palabras de Mario Góngora en su *Ensayo histórico* al sostener que hay una “posibilidad de escapar interiormente a la prepotencia reconocida del ‘aparato’ del régimen de masas”³⁴: desvincularse, mediante el silencio, del pensamiento dominante, único gesto posible de libertad³⁵.

30 Martín Cerda, *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*, “La palabra dictada” (29 de diciembre de 1957), p. 121. Véase también *La palabra quebrada*, pp. 24, 64 y 71.

31 Martín Cerda, *La palabra quebrada*: “Pensar/Dispensar”, pp. 37-40; “Prosa burguesa”, pp. 55-56; “Bacon y el Mundo Moderno”, pp. 60-63.

32 Martín Cerda, *La palabra quebrada*: “De la ilustración a la Revolución”, pp. 71-72.

33 Joaquín Fernandois. *La noción del Totalitarismo*, Santiago: Universitaria, 1980, p. 83.

34 Mario Góngora. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981, p. 137.

35 Martín Cerda, *Ideas sobre el ensayo*: “Introducción al silencio de Paul Valéry” (*PEC*, nº177, 17 de mayo de 1966) p. 43 y ss; *Palabras sobre palabras*, “Larga distancia” (*Ercilla*, n.º2080, 1975), p. 55 y ss.; “Mesa de trabajo” (*Huelén*, nº2, marzo de 1981), p. 68.

7. Consideraciones sobre el ensayo español

La cuestión que a Ortega, considerado como su maestro por Martín Cerda³⁶, pareció determinante en su recepción de la denominada *Generación del 98* fue que ésta habría sido la primera de escritores realmente europeos de España. Distintamente de una lectura apresurada que querría ver en el ensayo de la hispanidad de los noventayochistas un arranque de cantonalismo o patriotería sentimental, lo que allí se jugaría es un esfuerzo por pensar lo que de más español hay en la España desligada, por la fuerza de los hechos, de su nostálgico ayer colonial.

Fueron los escritores del 98', leídos tempranamente por Martín Cerda (especialmente Unamuno)³⁷, los que, en dicha perspectiva, recibieron un prurito de ideas que recorren Europa durante el siglo XIX, mientras España se rehusaba a ellas, atada como estaba a un romanticismo trasnochado de castillos y héroes feudales. Su llamado generacional era a una "Joven España" capaz de captar la realidad, el acontecimiento de una nueva Europa, y comprometerse con ella. De allí el llamado de Unamuno a la juventud: "tengamos algo que decir" sobre el acontecer cuando los viejos ya no dicen nada. Unamuno, de Maeztu, Baroja y Azorín, entre los destacados, fueron quienes dieron tribuna a la novela rusa, el drama de Ibsen, las ideas anarquistas de Bakunin y Kropotkin, la filosofía de Schopenhauer, Nietzsche, Marx, Kierkegaard, las teorías del Conde de Gobineau y Freud, etc.; no tan sólo como un eruditismo de salones, sino, y ante todo, como un arsenal intelectual para comprender una nueva realidad que, avizoraron, definía la época *ad portas*.

Como en el caso del Círculo Proudhon, la Generación del 98 estuvo marcada por un *anarquismo juvenil* que denota su crisis generacional, una interrupción de los modos con que se venía ensayando la propia nacionalidad. Su ensayo, en contraposición al romanticismo literario que reinaba en España, tiene vocación de análisis y crítica. Y será esa *vocación crítica* del 98' la que ha de recibir el joven Ortega, una de las lecturas fundamentales de Martín Cerda.

36 Martín Cerda, *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*: "El Ortega y Gasset de Alfonso Reyes" (25 de junio de 1957), p. 41; "La Universidad como Empresa Espiritual" (3 de enero de 1958), p. 126; "*Meditaciones del Quijote*" (23 de febrero de 1958), p. 167; "*Sobre el amor* por José Ortega y Gasset" (8 de junio de 1958), p. 245; "Un libro sobre Ortega" (29 de junio de 1958), p. 261. Véase también *Surcos apenas visibles*: "Vivir en crisis" (*La Tercera*, 18 de septiembre de 1984), p. 86; "Ortega y Gasset" (*La Tercera*, 15 de octubre de 1985), pp. 143. Desde sus inicios y hasta su madurez como ensayista, Martín Cerda reconocerá su deuda con Ortega y Gasset. Testimonio de ello son los artículos recogidos en *Ideas sobre el ensayo y Palabras sobre palabras*, como también las recurrentes referencias presentes en *La palabra quebrada y Escritorio*; en esta última obra anota en el Prólogo: "Nunca he negado provenir del enorme pensador español porque, entre otros innumerables asuntos, le adeudo hasta el proyecto de vida que he intentado llevar adelante y, por consiguiente, *ser* el que ahora soy", p. 160.

37 Martín Cerda, *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*: "El búho y la Idea" (9 de julio de 1957), p. 48; "Unamuno, caso de conciencia" (11 de septiembre de 1958), p. 293.

En 1929 Ortega y Gasset publica en el periódico español *El Sol* una serie de ensayos que ese mismo año verían la forma de libro bajo el nombre de *La Rebelión de las Masas*. Ensayaba allí las formas que la vida moderna iba adquiriendo rápidamente tras el triunfo del liberalismo democrático como *modus* existencial del hombre europeo; la paradoja triunfal de cómo el liberalismo europeo del siglo XIX había elevado el confort de la vida a tal punto que el hombre medio ya no reconocía la civilización como algo artificial, obra común siempre expuesta al peligro del desmoronamiento, sino como una naturaleza perenne, inmutable, y a la que no le vincula ningún deber. El hombre-masa, sostendrá Ortega, sólo se alimenta de los goces, el lujo y el bienestar de la civilización burguesa, sintiéndose siempre con derechos, pero desapareciendo de su horizonte existencial el compromiso. Y es que su existencia se ha vuelto tan fácil y cómoda, que no tiene reparos con ella, sujeto, como se halla, al vicio de la conformidad.

Reconocerá Ortega que, en ese sentido, la opinión vulgar, definida así porque no se quiere materia de debate sino simple antojo o exposición de las apetencias, se impone día a día con mayor ímpetu, erigiéndose en dogma político y social, producto de un exceso que el liberalismo ilustrado no supo prever: generar la libertad de pensar lo que se quiera a costa de atentar incluso contra sus principios. A sus ojos, fascismo y comunismo son hijos modernos del liberalismo, y como hijos ingratos, clausuran al padre liberal en un llamado radical a la “acción directa” para abolirle sin mediaciones discursivas, sustentadas en la *crítica*. Tal aberración o “monstruo de la razón” es esta apetencia por presentar a la violencia como razón exclusiva del actuar político, lo cual –sostendrá Ortega– es prueba fehaciente del nihilismo contemporáneo. La violencia será, pues, el hijo bastardo de la razón moderna (administrativa, calculadora) y su amparo, una desmesura en el confort y la conformidad que lleva a querer erigir públicamente la simple opinión, por falta-de-crítica, a cualquier costo. En *La rebelión de las masas* Ortega definirá esto como “hyperdemocracia”, y señalará entre sus signos manifiestos la paradójica desaparición del *disenso*, presupuesto de la democracia³⁸, y *a priori* de la crítica³⁹.

(Cuestión de lecturas: Maeztu leyó tempranamente a Kropotkin, llegando incluso a conocerle. El joven Ortega leería con entusiasmo a Maeztu, considerándose discípulo para más tarde distanciarse. Maeztu sería fusilado por los republicanos al

38 La filósofa Hannah Arendt hará hincapié en que lo constitutivo de la democracia griega es su carácter “disensual”. En la medida que haya algo que discutir, habrá necesidad de conversar públicamente. De allí que el lenguaje aparezca como praxis política por definición. Así mismo, Jürgen Habermas sostendrá que es la “acción comunicativa” el *a priori* de la democracia; empero, y como abismo insubsanable, concederá al lenguaje ser motor del “consenso”, por lo que define su noción de democracia como esencialmente “consensual”. En esta contraposición se puede apreciar que Ortega se aproxima a la lectura de Arendt, al igual que Cerda, puesto que el consenso es más bien el fin último del aparato de propaganda, máquina de producción ideológica contemporánea.

39 José Ortega y Gasset, *La Rebelión de las Masas*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989.

comenzar la Guerra Civil Española de 1936, al posicionarse del lado de la Falange, mientras Ortega condenó el fascismo y el anarco-socialismo. En Chile Jaime Eyzaguirre, vinculado al pensamiento conservador católico criollo y autor de *Hispanoamérica del Dolor*, recepcionó la obra de Maeztu, especialmente su *Defensa de la Hispanidad*; Cerda, por su parte lector de Ortega, leyó a los ensayistas conservadores chilenos, entre ellos a Eyzaguirre⁴⁰, cercano al pensamiento del sacerdote Osvaldo Lira, quien, a su vez, disputaría la recepción de Ortega en un texto en dos volúmenes, de 1965 y 1967 respectivamente, titulado *Ortega en su Espíritu*⁴¹.)

8. Ortega y Cerda: liberalismo, democracia y revolución

Martín Cerda perteneció en Chile a la que se conoce como Generación del 50, marcada por el escepticismo y desencantamiento de aquellos que vieron a Europa desmoronarse tras la Segunda Guerra Mundial, mientras sus cenizas se esparcían por el Tercer Mundo. Su generación fue, como gustaba señalar a Cerda, una a la que le tocó pensar desde la ruina.

En ese escenario, el diagnóstico epocal de Martín Cerda es doblemente complejo. Por una parte, de la mano de Ortega, considera que la debacle europea se debía al exceso ideológico de la opinión pública, al dominio por parte de la ideología de todas las esferas de la vida: lo que ya Unamuno había llamado “ideocracia”, y que luego asumiría la noción de totalitarismo. Por otra, veía el “espectro del fascismo”⁴² sobrevolar el Tercer Mundo, y específicamente su país, en la forma de lo que su maestro Ortega llamó “hyperdemocracia”. Y es que la irracionalización del voto parecía a Cerda el síntoma evidente de un dominio de las opiniones sobre las ideas que es siempre la puerta de entrada a los grandes aparatos de propaganda. La política nacional no era para él otra cosa que farándula, inmediatez y efectismo: psicología de masas, fantasma del totalitarismo⁴³. Desconfiaba por ello de las inclinaciones revolucionarias en lo que éstas tuvieran de ortodoxias, siendo esa desconfianza frente a las agitaciones revolucionarias lo que le llevó a no adherirse al gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile en 1970, aunque, a la postre, su temor de ideologización extrema llegara de la mano de la Fuerzas Armadas tres años más tarde, el 11 de septiembre de 1973.

⁴⁰ Martín Cerda, *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*, “Jaime Eyzaguirre en la Academia” (10 de noviembre de 1957), p. 95.

⁴¹ Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1965.

⁴² Martín Cerda, *Ideas sobre el ensayo*, pp. 29-30.

⁴³ Véase los tempranos textos de Martín Cerda dedicados a asuntos políticos en el vespertino *La Gaceta* recopilados en *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*.

Temía Cerda, al igual que Ortega, de la estatización de la vida, del crecimiento de esa máquina que es el Estado Moderno, que no deja espacio vacío, ningún ademán de libertad interior o reflexión. Es en ese punto en que ambos son esencialmente liberales. Pero también conservadores. Se ha dicho del ensayo español que es un *conservantismo hispano-liberal*⁴⁴.

Conclusión

Cuando el pensamiento nacional se extingue acaba con él la crítica y comienza la propaganda; el pueblo es víctima de la irracionalización del voto y su aparato publicitario, volviéndose mera masa electoral al servicio de la ideología.

A partir de la Rev. Francesa, cuando el liberalismo abandona la crítica para ser dogma de Estado, la circulación de periódicos y revistas de carácter crítico incrementa exponencialmente. No se trata de autores liberales, sino de la arremetida anti-moderna de un gran número de intelectuales que va desde la reacción católica hasta ex-revolucionarios y burgueses disconformes. El siglo XIX va acumulando nombres como Joseph de Maistre, Chateaubriand, Baudelaire, Donoso Cortés, Maeztu, León Bloy o Sorel; son, en su heterogeneidad, los *antimodernos*, aquellos que ante lo conformidad generalizada con el estilo de vida moderno, han reclamado para sí la conservación de la crítica al espíritu de los tiempos. Como sostendrá Antoine Compagnon en *Los antimodernos*, no debiese pensarse en este conjunto de escritores al margen de la Ilustración, como un virus que le horada desde fuera; contrariamente la actitud anti-moderna brota desde el interior de Las Luces y se pretende *posta crítica* de su proyecto.

Martín Cerda mantiene parentesco con este tipo de intelectual que guarda distancia para con el estilo de vida de su tiempo, que observa cómo lo que se quiso un proyecto crítico se va transformando en un decir común o *doxa* que invisibiliza, bajo la forma del discurso sobre el progreso y “la fe en la razón”, cualquier disenso. Ante la fe ciega en el progreso el autor de *La palabra quebrada* conservará la *vocación crítica* del proyecto ilustrado, para proponer la escritura como un modo de disenso ante el espíritu de la época.

44 Véase Martín Cerda, *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*, "Nuestro Hispanismo" (2 de septiembre de 1957), p. 76.

BIBLIOGRAFÍA

Primaria

- Cerda, Martín (1993), *Ideas sobre el ensayo*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile.
- (1997), *Palabras sobre palabras*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile.
- (2005), *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo seguido de Escritorio*. Santiago: Tajamar Editores.
- (2014), *Precisiones. Escritos inéditos*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- (2022), *Surcos apenas visibles*. Santiago: Lecturas Ediciones.
- (2022), *Punta de Lápiz. Textos de La Gaceta 1957-1958*. Santiago: Cormorán Ediciones.

Secundaria

- Fermendois, Joaquín (1980), *La noción del Totalitarismo*. Santiago: Universitaria.
- (1996), "Movimientos Conservadores en el siglo XX ¿Qué hay que conservar?". en *Estudios Públicos*, n°62, otoño, pp. 1-36.
- (1982), *Política y Trascendencia en Ernst Junger*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Furet, Francois y Nolte, Ernst (1998), *Fascismo y Comunismo*. Buenos Aires: F.C.E.
- Góngora, Mario (1981), *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad.
- (1986), "Romanticismo y Tradicionalismo". en *Revista de Ciencia Política*, vol. VIII, n°s 1-2, pp. 138-147.
- Lira, Osvaldo (1965), *Ortega y su espíritu*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Nolte, Ernst (2001), *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo*. México: FCE.
- Norling, Erik (1998), *Jacques Doriot. Del comunismo al fascismo*. España: Asociación cultural "Amigos de la Historia-Asociación para el fomento de la investigación histórica".
- Ortega y Gasset, José (1989), *La Rebelión de las Masas*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Schmitt, Carl (1966), *Teoría del partisano*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- (2010), *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*. Madrid: Editorial Trotta.